

BENJAMÍN ROJAS PIÑA

DOS MOMENTOS EN LA POESÍA
DE ERNESTO A. GUZMÁN

CON EL título de *Los poemas de la serenidad* el poeta Ernesto A. Guzmán (1877-1960) publicó en 1942 lo que para sí mismo poseía sentido y propia expresión. Al recoger ahí los versos comprendidos entre 1909 y 1942, abandonó explícitamente aquellos versos que abrieron su camino literario en 1900. Dos períodos pueden definirse en su lírica si analizamos también más allá de las fechas y de su recolección última. Difieren los contenidos y sus formas. El primer período es reconocible en *Albores* (1902) y *En pos* (1906). El segundo y terminal momento es rastreable desde los poemas que componen *Vida interna* (1909).

Durante su existencia, Ernesto Arnaldo Guzmán —nacido en Bulnes en 25 de julio de 1877 y fallecido en Santiago el 27 de enero del presente año— convivió espiritualmente con un hombre que le indicó horizontes y que lo alentó en su conducta de vida y en su quehacer literario. La crítica señaló expresamente el influjo de este escritor llamado Miguel de Unamuno. Por sobre ese problemático enlace de influencias, hubo sí un hecho cierto: la semejanza en los modos poéticos de ambos. Tanto el vasco autor de *El Cristo de Velázquez* como el profesor y poeta ñublense coinciden en la pasión por una verdad vivida, decidora y expresiva, a través del verso. Todavía más, en los dos el entusiasmo marca un modo de conocer, la naturaleza adecuada de sus vidas. En Guzmán esta actitud, larvada en sus primeros poemas, encuentra su expresión confesada sólo a contar del libro *Vida interna* (1909). Así se escinde la poesía

suya en dos delimitados momentos. Los poemas anteriores a *Vida interna* y los que se expresan a partir de este libro.

El inicio poético de Guzmán es endeble. Unos cuartetos introductores manifiestan su inestable mundo:

“Vayan también los Albores
perfumes de la simiente
y expresión de los rumores
que repican en la mente.”

Hay ilusión mental, anhelo de decantar suavidades, actitud rebelde, sonoridad modernista. Hay alabanza al ensueño, al mundo vago; hay simpatía al desvalido; hay atmósfera de canto civil hacia el pueblo y la bandera. El tono de oda a lo Salvador Díaz Mirón está muy presente con el hastío, aquel motivo preferido de Gutiérrez Nájera. Es fiel ejemplo de su lirismo post-romántico esta estrofa de “Grito”:

“Nos espera una amada: la trinchera
donde retoza, de la Fama, el beso;
es nuestro escudo el canto; la bandera,
la enorme marsellesa del Progreso!”¹

Con respecto al segundo libro, aparecido en 1906, es importante transcribir las palabras de Miguel de Unamuno: “En su libro *En pos* encuentro cosas intensas, pero más esperanzas que otra cosa. Hace prometerse mucho. Se ve un esfuerzo a decir cosas poéticas y no a vestir con literatura rítmica lugares comunes”. Y con acostumbrada sinceridad, el Rector de la Universidad de Salamanca escribía más abajo: “De la palabra sonora nada puede esperarse, y sí mucho de la intrincada exuberancia metafórica. Usted lo que necesita es podar, y cierto esfuerzo a lo clásico, a lo sencillo y claro”. (Carta de 28 de marzo de 1907). Hacía más de un año que la amistad epistolar entre Unamuno y Guzmán corría. La vida del poeta ñublense se regulaba con su docencia en el Liceo Manuel Barros Bor-

¹*Albores...* (1900-1902). Santiago de Chile, 1902. 106 páginas.

goño de Santiago. Su pasión por el maestrazgo va modelando su conducta y, poco a poco, se va adentrando en su espíritu la conciencia de su propio existir. Los escritores rusos se grabaron en su inquietud intelectual. La amistad con Pedro Prado —nueve años menor que Guzmán— es el comienzo de otra intensa convivencia, esta vez sin afinidad de ideas. El proceder amical cargado de rectitud será el soporte de su vida posterior. Ya aquel insinuado entusiasmo de los primeros versos era convertido en pasión por la verdad y su expresión. Su espíritu era sondeado por la angustia de encontrarse y hallar respuesta de las cosas del mundo. Auscultaba su propia y singular experiencia y forjaba así una imagen transida de existir personal. Las perspectivas se delineaban con su temperamento. Le brotaba ya la poesía. No le urgía el apoyo de los metros rimados y su forma adecuada se constituyó en el verso blanco, muy próximo al versolibrismo. Así lo entendió Unamuno y se lo hizo saber con fecha 14 de octubre de 1909, cuando hablaba acerca de *Vida interna*, el libro iniciador del segundo momento: “Qué voy a decirle de esa poesía interior, íntima, de soledad, pero de una soledad tal que se funde con cuanto le rodea y hace de uno mismo el mundo y del mundo uno mismo humanizando a la naturaleza para sobrenaturalizarla y naturalizando al hombre para sobrehumanarlo”. Y con lucidez extraordinaria, Unamuno patentiza su naturaleza peculiar al escribirle a Guzmán: “Yo no he hecho, creo, si no indicarle un camino, el camino hacia sí mismo”. Al parecer, el discípulo Guzmán supo satisfacer con sus posibilidades la concreción unamuniana. La lucha interior del espíritu produjo en Guzmán la lucha por el equilibrio, por la serenidad. Además, emergió de él una pulpa de voz sensible y compasiva. Además, expresó poéticamente su altivez en gesto retador de los manes superiores del universo. En sus palabras —desde la obra de *Vida interna* y con *Los poemas de la serenidad* (1914), *El árbol ilusionado* (1916), *La fiesta del camino...* (1921) y *El Libro Suyo* (1934)— está la confesión quebrada de angustias. La aprehensión de las cosas del mundo origina la expresión de un contenido espiritual que es conocimiento de esas cosas. Lo sentido se convierte en poesía. La proyección de la poesía supera la mera comunicación de

estados de ánimo y se convierte en modo de acción: amor. Entonces se justifican los versos de la "Introducción" de *Vida interna*:

"prodígate hacia afuera: es mejor fruto
aquel que se deshace todo entero
en jugo y en aroma sobre el vaso
de la naturaleza..."

Cada partícula es vida y cada objeto puede ser hecho vivir por nuestro espíritu. La voluntad de la palabra es la voluntad humana de vivir:

"Que tus palabras
sean yemas de dedos sobre el dorso
de todas las humanas asperezas
que levanta el dolor..."

Y la penetración del hombre corre a la par de la visión suya. Por eso en prólogo poético al libro *Los poemas de la serenidad* y con el rótulo de "Al lector", dice:

"ajusta tu latido a mi latido;
tu corazón, al mío; tu pupila,
a la mía también ¡cógeme entero!
Tocarás las raíces de mi vida;
saldrás entibiecido de su tacto;
¡me vivirás entero!"

Y precisando la manera de su poética escribe a continuación:

"Todas estas
sensaciones diversas que llegaron
a sacudir mi carne y que se ungieron
del calor de mi sangre..."

deben ser tocadas por el lector.

Antes, en carta a Unamuno de 1913 expresó: "No he vuelto

a escribir versos porque no se me ha presentado con intensidad ninguna cosa digna de ser tratada...”, a lo que respondió el autor de la *Vida de D. Quijote y Sancho*: “esto es todo un programa de un verdadero poeta. ¿Sabe usted por qué son tan nada poetas todos esos orfebres de versos de mandolinata? Pues porque en vez de esperar a que la poesía venga a ellos, van a buscarla”².

La actitud sentida de una conciencia del existir se refleja singularmente en los versos de 1913 a 1921. En “Contigo” empieza:

“Eres, mi corazón, una limosna
que no pidió la Vida y que le dieron:
En ti siento sonoro y siento cálido
a todo el universo: en ti registro
la piedad de las nubes por las hierbas
y la misericordia de las plantas
por las bocas hambrientas.”

Es todo el cosmos el que se impregna en el cuerpo y los sentidos del poeta. La lírica ha dejado de ser invocación para transformarse en diálogo constante y confesión. El diálogo es con la naturaleza. La confesión es con el gesto íntimo de la vida, de la sangre, de la agitación. El amor máximo que llega al orgullo queda volcado en el poema “La fiesta del camino...”:

“Gracias, porque mis ojos están nuevos
todavía, y mi cuerpo está liviano!

“Gracias por este blando sacramento
de ponerme a vagar, y que es amparo...

“Gracias por el verdor que me recibe
con unciosa acogida y que me llama;
gracias por los caminos que me invaden
y me confortan en mi acción humana...”

²Cf: *Boletín del Instituto Nacional*:
“Cartas de Unamuno”, año XV,

Nº 36, mayo de 1950, Santiago de
Chile, página 13.

Después, la manifestación lírica inicia en su ideario el camino de recogimiento que lo guió hasta sus últimos días. La entrega de la acción amorosa fue su norte y la serenidad conformó más su tono de expresión verdadera.

En "Las malas palabras" estampó su credo y confesión —índice permanente del segundo momento de su poesía:

"¡yo transformo en mi sangre los colores oscuros,
y hasta a lo amargo tengo que darle mi sabor!

"Esa áspera palabra se me ha vuelto serena,
porque en mí la incorporo, porque puedo dejar
redimirse en mí mismo la pequeñez ajena,
bajo este sacramento cristiano de cantar..."

Y sugestivamente cierra el libro *La fiesta del camino...* con los versos de "Confesión":

"He pecado, Señor, de este pecado
de vivir con la vida que me has dado!..."

De estos versos germinará la obra ulterior de Ernesto A. Guzmán. Hay mayor intimidad, hay mayor escepticismo de la vía personal y su particular experiencia. Casi se canta el mundo pequeño de las cosas próximas. Y todo ello, bañado en la sabiduría bíblica del *Cantar de los Cantares*. El motivo del "camino" como imagen de la vida, se enriquece con el motivo de la "gracia de la vida", lo que entraña el sentimiento más puro, el del amor, sentimiento que se retrata en la mujer, el objeto de amor que es también la vida. En "Salmo" expresa Guzmán:

"Sentido de la Vida, este sentido
que he encontrado contigo y que he vivido!

"Vastos florecimientos de organismos
afuera y dentro de nosotros mismos!..."

"Nos dieron las piedades del destino
la unción de nuestro pan y nuestro vino!..."

Hay distancia formal con aquellos versos blancos de 1909 porque hay aquí un orden de expresiones que es diverso. Pero entre estos versos y aquéllos late un común significado de verdad, de razón íntima, hasta las pasiones permanecen, pero ahora ellas quedan contenidas:

“me lastimé las manos por asirme a la vida
y no te pido cuentas de tu culpa, Señor.”

dice el final del primer cuarteto de “Soneto”. Y la desconocida que inspiró aquel canto de *El Libro Suyo* no será alcanzada por nadie, porque “mi secreto es un templo que cerrara su mano” y es la última expresión conocida de este modestísimo hombre que se recogió en su jardín interior, “este rincón benigno que está claro” y que puede llamársele el espíritu.